

Trapiello, Andrés: *Ayer, no más*. Madrid, Destino, 2012, 312 pp.

Por María del Olmo Ibáñez.
(AHP de Alicante)

Andrés Trapiello ha construido un extraño libro, y quiero explicitar aquí, al comienzo, que empleo extraño como cumplido. Es así porque resulta complicado enmarcarlo en algún género narrativo. En principio podría parecer una novela histórica, de historia contemporánea, pero a medida que se abandonan las críticas y reseñas que sobre él circulan, y nos adentramos, poco a poco, en el océano de sus páginas, comienza a ser difícil definir el documento que se tiene entre las manos.

Podemos establecer como acuerdo de partida, que es sencillo deducir su condición de hipertexto por las abundantes y evidentes pruebas, que se ponen de manifiesto desde el inicio de su lectura, y solo eso me parece que ya nos da también pistas sobre su naturaleza esencial de libro que abre universo...

Tratando de definir la forma que el autor ha elegido para su composición, podríamos hablar de estructura “coral” y hasta atrevernos a engarzarla, metamorfoseando la obra, en el género teatral. El escenario físico nos remite a la provinciana ciudad de León y esas tablas nos brindan referencias bastante sólidas sobre las que dejar volar a nuestra imaginación y a nuestra razón. El conjunto de los personajes que van a ir apareciendo en ese “Teatro Principal” tan de provincias, hablan y reflexionan en primera persona, entran y salen de la escena acaparando sobre ellos los focos mientras se encuentran pisando el escenario; y aunque Pepe Pestaña pueda ser el protagonista, el elenco de actores secundarios es de gran relieve, cada uno de ellos tiene importancia en sí mismo y es trascendental para el desarrollo de la obra. Poseen densa entidad y poderosa vida propia, que va quedando perfilada por la habilidad del creador, al aprovechar como recurso para ello, entre otros, el uso de distintos registros idiomáticos. Grandeza también aquí porque dibujar tantos personajes sólidos, absolutos, e imprescindibles, supone enfrentarse con el amplio arcoíris de la condición humana...

El tema principal de la novela no es otro que nuestra manoseada Guerra Civil. Sin embargo, para irrumpir en ella Trapiello no ha escogido el escenario quizás más propicio de su estricto

tiempo cronológico: 1936-1939, ni tan siquiera ha optado por la triste y gris posguerra. Ha preferido contar nuestra más cruel historia reciente, desde las coordenadas temporales de la actualidad. Tal vez su elección se deba al posicionamiento de historiador que asume a través del papel del protagonista Pepe Pestaña, (este nombre tiene algo de valleinclanesco...) y la conciencia lúcida, de que a pesar, como él mismo dice, de que nuestra Contienda, (sí, con mayúsculas), la llevamos todos los españoles grabada en nuestro ADN, el poner tierra de por medio en forma de espacio temporal, nos ofrece, cuanto menos, un respiro.

Desde esa opción, que pienso pretende lograr cierta equidistancia con el pasado, produce admiración observar cómo la actualidad se va colando por las rendijas de las tablas del escenario, como peces que saltan en las olas del libro, por medio de referencias continuas a noticias de prensa: es el caso de las alusiones al filósofo Fernando Savater y sus artículos, pero también a la pública polémica sostenida en torno a la cuestión, por el historiador Santos Juliá, las referencias a la “Ley 52/2007, de 26 de diciembre, por la que se reconocen y amplían derechos y se establecen medidas en favor de quienes padecieron persecución o violencia durante la guerra civil y la dictadura”, conocida popularmente como ley de la Memoria Histórica, o a las numerosas asociaciones sobre esta memoria, nacidas al abrigo de la ley.

No olvida el autor a la universidad que sin duda, (y saliéndonos de la ficción para regresar por un instante a la realidad), ha tomado un protagonismo principal en esta cuestión. Esa realidad a la que he aludido es la que encierra a puñados la historia que nos cuenta Trapiello. A este respecto, y conociendo el micro mundo universitario, me permite mostrarme absolutamente conforme con el dibujo que sobre él nos hace el autor, de tal modo que parece que su vida haya transcurrido en el mitificado claustro del conocimiento.

Pero avanzando, la novela necesita comentarse con más hondura y lo quiero hacer desde el conocimiento extenso que me da el que mi vida profesional como archivera, lleve años transcurriendo inmersa, desde el silencio conventual que es la vida de un archivero, entre expedientes procesales de presos y detenidos entre el año 1934 y el año 1956: República, Guerra y Posguerra, encerradas, en mi caso siempre, entre los barrotes que las tres etapas

utilizaron para confinar a sus adversarios, a sus disidentes, y a los sospechosos de ser de cualquiera de los dos bandos, aun cuando como dice Trapiello, las sospechas solo pudieran ser sostenidas por la evidencia rotunda y absoluta, por la inmensa “prueba de cargo”, de una muela de oro, o de unas manos encallecidas.

En ese silencio monástico del archivo, se hace arduo evitar que cada día cobren vida sobre la mesa de trabajo, aquellos que con su nombre protagonizan cada expediente. Hasta tal punto es así, que resulta imprescindible y hasta terapéutico, detener el trabajo cada tanto, y salir a reponer un poco de oxígeno “actual” por unos instantes, recuperando el ritmo de lo cotidiano, para liberarnos de todas las historias tremendas que se nos van quedando prendidas en el alma, y que a mí me hacen confesar que cada vez tengo más preguntas y menos respuestas sobre aquello que sucedió, y con lo que tan íntimamente conviví.

En este particular decorado personal, es en el que precisamente enmarco el asombro y admiración que me ha producido la novela de Andrés Trapiello. Y es que creo que por primera vez, he sentido que respiraba con alguien el mismo aire, el aire que pretende respetar la verdad y no dejarse contaminar por el “cainismo” que sigue aflorando inextinguible entre los españoles, a la más mínima insinuación sobre el asunto crucial de la Guerra Civil. Conforme avanzo en mi dedicación profesional a este campo, estoy más convencida de que con respecto a la verdad, donde fundamentalmente nos jugamos la vida, o la autenticidad de nuestra ética personal, es en aquello que nos incumbe directamente a nosotros mismos, o a nuestros “seres queridos”, lo demás es fácil y vana palabrería, o humo en el que se convierten nuestras grandilocuentes declaraciones de principios...

Creo que ahí radica el meollo de la gran cuestión que plantea Andrés Trapiello, es la trama fundamental de su libro, lo dilemático que semejante cuestión trascendental encierra, y es ahí donde su novela histórica se transforma con la varita mágica del autor, y sin que casi nos demos cuenta, en un libro profundamente filosófico.

Sus constantes alusiones a Hannah Arendt, no dejan de remitirnos a un asunto sustancial del pensamiento europeo de la segunda mitad del siglo XX, después del horror, y planteada con

enorme maestría por Arendt: la banalidad del mal, ese mal que se funda en el “deber” y que se justifica por la vinculación a los grandes ideales de patria, religión y familia, pero que también se pretende disculpar por el abandono de las propias responsabilidades, en el concepto triste y falaz de la obediencia debida. Aparece también Primo Levi con “Los hundidos y los salvados”, y la interpelación tremenda sobre las víctimas que sobrevivieron al horror, mientras las mejores víctimas sucumbieron a él. Trapiello hace poderosa la pregunta ¿por qué se salvó tal persona? ¿Qué esconde esa supervivencia?, encarnándola en Lillo, pero, y por qué no, en el propio padre del protagonista.

Nos trae también el autor, quizás para redimirnos de la angustia, al “Ángel Novus” de Walter Benjamin, y su hermosa teoría con la que defiende (antes de decidirse a abandonar su propia vida sumido en el terror de la sanguinaria persecución nazi), que el pasado no está del todo cerrado, no se encuentra definitivamente sellado en el horror, ya que ese pasado puede ser redimido, transformado desde el hoy. Pienso que Trapiello quiere decirnos (y coincido profundamente con él) que esa redención solo es posible si nos atrevemos a asumir la verdadera verdad, entrañe lo que esta entrañe, incluso si de ella se deriva dejarnos abandonados en la soledad, la incomprensión, el rechazo, e incluso el destierro, o un nuevo exilio como el exilio por el que acaba optando, libre, coherente y valientemente Pepe Pestaña.

En algún momento de mi meditación de los últimos años, tuve la tentación de pensar que en España nunca nos atrevimos a sumergirnos totalmente en la reflexión de nuestro propio horror, como por el contrario fue capaz de hacer Europa de la mano del pensamiento de los filósofos citados, pero para sacarme definitivamente del posible error, recurre Trapiello a una carta de Unamuno en vísperas de la contienda, cargada de una extraordinaria clarividencia sobre lo que se avecinaba, y que me ha recordado la valentía y libertad del pensamiento del vasco, que se mantuvo incólume también en el conocido episodio ocurrido en los sagrados muros de la Universidad salmantina y ante todos los poderes fácticos del nuevo régimen que prorrumpía, con su célebre: “Venceréis pero no convenceréis”.

Pero también, para desvanecer del todo mi tentación algo nihilista, Andrés Trapiello nos trae a la memoria, el más hermoso discurso de Azaña, ese que parece fruto casi de una

iluminación mística heredera de la bella tradición mística española, de nuestra Teresa de Jesús o de nuestro Juan de la Cruz, (no encuentro mejor forma de definirlo pensando en Azaña), y que pronunció el político en el ayuntamiento de Barcelona en 1938:

... y cuando la antorcha pase a otras manos, a otros hombres, a otras generaciones, que les hierva la sangre iracunda y otra vez el genio español vuelva a enfurecerse con la intolerancia y con el odio y con el apetito de destrucción, que piensen en los muertos y que escuchen su lección: la de esos hombres que han caído magníficamente por una ideal grandioso y que ahora, abrigados en la tierra materna, ya no tienen odio, ya no tienen rencor, y nos envían, con los destellos de su luz, tranquila y remota como la de una estrella, el mensaje de la patria eterna que dice a todos sus hijos: Paz, piedad, perdón.

Poco más queda por decir del horizonte inmenso que sobre este trillado tema crucial y siempre inacabado de nuestra historia reciente, nos abre Andrés Trapiello con su libro. Únicamente necesito, (aunque también me parece una forma muy hermosa de concluir, quizás por la debilidad personal que siento hacia Tolstoi y hacia esa descomunal obra suya que es “Guerra y paz”), aludir a la valiosa evocación que el autor hace de ella. La introduce casi de soslayo, casi imperceptiblemente entre sus líneas, para decirnos que todos los españoles querríamos escribir nuestra particular “Guerra y paz” sobre nuestra guerra, para él ese es quizás el gran anhelo que nos acompaña perennemente y que no nos deja olvidar del todo lo sucedido, y a mí me ha hecho sonreír con el corazón y asentir con la razón. No me atrevo a añadir ni una palabra más...

Viñas, Ángel (ed.): *En el combate por la Historia. La República, la Guerra Civil, el franquismo*. Barcelona, Pasado & Presente, Barcelona, 2012, 973 pp.

Por Antonio Muñoz de Arenillas Valdés.
(Institut d'Études Politiques de Rennes)

El diario “Público” denunció a mediados de 2011 varias entradas del “Diccionario Biográfico Español” (DBE) de la Real Academia de la Historia (RAH), por considerar que manipulaba la Historia reciente de España. A partir de esta denuncia, se levantó una polvareda mediática sobre las entradas más polémicas del

citado diccionario, de cincuenta tomos -de los cuales en este momento hay disponibles cuarenta- y con un coste para el erario público de 6,4 millones de euros.

Las entradas más polémicas hacen referencia a personajes relevantes del periodo 1931-1975 y en ellas se glosan las “hazañas” de los golpistas del 36 y se demoniza a la II República y a sus figuras más destacadas. En sus páginas, Franco aparece como un general valeroso y católico, destacándose sus habilidades en el terreno militar y sus dotes de gobierno. Por si fuera poco, no hay ninguna mención a la represión franquista. Mientras que destacados personajes de izquierda sufren en sentido inverso la manipulación de sus biografías. Así, por ejemplo, Negrín dirigía un gobierno “prácticamente dictatorial”. Es evidente que en la elaboración de tan magna obra el rigor histórico y cualquier pretensión de objetividad brillaban por su ausencia. La cuestión no es baladí: las “lindezas” expresadas en el DBE forman parte de los mitos más recurrentes del franquismo, aireados con frecuencia por la extrema derecha española en los medios de comunicación tradicionales y en la red.

La realización de tal obra fue una provocación en toda regla para los historiadores responsables, críticos y seguidores de una metodología rigurosa a la hora de analizar los procesos históricos. En este sentido, el reputado historiador Ángel Viñas se rodeó de un importante elenco de especialistas –Josep Fontana, Julio Aróstegui, Paul Preston, Julián Casanova, Pere Ysàs, José-Carlos Mainer, entre otros- para reunir en una obra un resumen de los análisis más recientes sobre el periodo 1931-1975, aparecidos en la historiografía crítica y científica. El proyecto se concibió como una suerte de “contradicionario”, una obra donde se rebatirían los desmanes del DBE, aunque sin seguir su misma estructura. *En el combate por la Historia*—título proveniente de un artículo de Lucien Febvre—contiene las claves fundamentales para comprender la Historia española del periodo 1931-1975, a partir de los trabajos más recientes de tres generaciones de historiadores. La obra presenta una organización que facilita enormemente su lectura: podemos acercarnos a la historia del periodo por etapas, por temas o por personajes. Un enfoque muy rico, transversal y útil para contradecir las manipulaciones presentes en las entradas del DBE.